



Jorge Oesterheld

Palabra

Clara

Hablar y escuchar en la homilía

PRESENTACIÓN

"Juntos como hermanos, miembros de una Iglesia, vamos caminando..." Con mejor o peor entonación, con mucho o escaso entusiasmo la melodía brota más o menos al unísono de una concurrencia que parece empeñada en desmentir lo que la canción proclama. ¿Juntos como hermanos? Uno aquí, otra más allá.

¿Juntos como hermanos? Uno o dos en los extremos de un banco; tres filas más allá otra; más lejos, otro más. Se han desparramado casi con esmero. ¿Juntos como hermanos? Aun en misas dominicales ¿en cuántas de nuestras comunidades puede repetirse la escena? ¿Y cuando el templo está lleno y los bancos completos? ¿Juntos como hermanos?...En un contexto más que apropiado, el año del Gran Jubileo y cuando la Iglesia que peregrina en la Argentina ha ejercitado la memoria para reconocer errores e infidelidades y pedir perdón, desde la sincera y honda inquietud pastoral de Jorge Oesterheld llega esta cordial invitación para revisar nuestras celebraciones eucarísticas.

Espíritu joven y abierto a la búsqueda, enriquecido por la experiencia de veinticinco años de prédica, Oesterheld abre las puertas de su corazón sacerdotal y propone reflexiones interpeladoras a quienes hablan y escuchan en la homilía. Es el suyo un esfuerzo por recuperar el sentido, la riqueza y la paternal, perenne capacidad expresiva de la Palabra, clave y centro de la homilía y por consiguiente, tanto para el que la pronuncia como para el que la escucha concebida como un encuentro personal con Jesús.

En tiempos de discursos vacíos, de mensajes subliminales, de manipulaciones mediáticas, de hablarle a los otros sólo en su condición de consumidores; en tiempos de agudas paradojas cuando el hombre se siente solo en medio de la multitud y existencialmente incomunicado rodeado de Internet, celulares y televisores las reflexiones que siguen son una verdadera operación de rescate. Un rescate que brota de la fe en la Redención y por tanto en la dignidad del hombre, en su capacidad de cambio. El rescate de un ámbito para la escucha y la conversión, es decir de un lugar donde fe y vida confluyan, donde lo que digo tenga que ver con lo que hago. El rescate de la homilía como cauce y no como valla o atajo para la Palabra. En definitiva, el ardoroso ofrecimiento de una perspectiva evangélicamente interpeladora a cuya luz cada uno pueda emprender el necesario examen crítico de cómo habla o como escucha.

Meditación religiosa abierta a dejarse hurgar por la siempre filosa y vigente palabra bíblica y por Jesús, Verbo encarnado, el itinerario que se traza en estas páginas puede abrir un camino más que fértil para una Iglesia desafiada por actualizar y renovar su acción evangelizadora, por profundizar su servicio pastoral, su capacidad de escucha y acogida para dar razones de su Esperanza.

Grandes parroquias sumidas en el ruido y la soledad de la gran ciudad, capillas de la periferia, comunidades instaladas en barrios o aquéllas desperdigadas por zonas rurales, allí donde dos o tres se siguen reuniendo en su Nombre para reconocerlo al partir el pan, encontrarán aquí ayuda para esa exploración permanente.

Sugere, provocadoramente, se podrán sacudir rutinas y costumbres que tantas veces vacían de sentido a muchos encuentros o ahuyentan a quienes están en búsqueda y los dejan con las manos tendidas.

Legítimamente inquieto por dejar atrás tantas improvisaciones y distracciones, tantos sermones moralizadores que ayudaron a simplificar y a reducir la hondura de la Palabra, tantos furibundos proyectiles apologeticos, tantos dedos acusadores levantados ahora desde el ambón como antes desde el púlpito, en estas páginas vibra el predicador, el sacerdote enraizado en su época pero no confundido con ella, abierto al diálogo desde su inexcusable condición sacerdotal.

Ese es el sello que lleva el trabajo del padre Jorge, que desde esa identidad ha querido compartir reflexiones y experiencias con unos y otros, con sus hermanos en el sacerdocio, con los laicos y con la comunidad de la que forma parte y a la que se dirige con el cuidado, el respeto y el celo pastoral con el que cada día, desde hace veinticinco años, prepara y propone sus homilias. Ahora ofrece pistas y habilita desafíos, contagia entusiasmo y desecha cualquier forma de desazón, porque con Teilhard de Chardin cree en las incalculables posibilidades del hombre a partir de la Palabra y apoyados en El.

José Ignacio López

PRÓLOGO

Hace ya 25 años que todos los días tengo la oportunidad y el privilegio de predicar en el momento de la homilía. Es mucho tiempo, son muchas homilías. Este pequeño libro es fruto de esa experiencia. No pretende ser una elaboración teórica sobre el tema ni mucho menos agotarlo. Es algo escrito a partir de lo que me fueron enseñando la vida y el ejercicio del ministerio sacerdotal: ésa puede ser su riqueza y ése es también su límite.

En estos años, además, he tenido la ocasión de escuchar numerosas homilías y alimentar mi propia vida espiritual en ellas. He observado con cuidado las formas que las personas tienen de escuchar. Muchas veces las reacciones y comentarios que siguen a las homilías me han llevado a la reflexión y también al asombro.

Una de las cosas que he podido aprender es que no es más fácil escuchar durante una homilía que hablar en ella. Y que para hacer bien tanto una cosa como la otra, tenemos que realizar en nosotros un trabajo personal constante. No se trata principalmente de un trabajo de comprensión de los textos, es más bien un trabajo con nosotros mismos. Más precisamente, es un trabajo de observación de lo que ocurre en nuestro corazón cuando escuchamos determinadas cosas.

Cuando experimentamos dificultades es porque en nosotros hay obstáculos, no porque la Palabra sea difícil. Es la claridad de la Palabra la que ayuda a poner luz en nuestra oscuridad y no la claridad de nuestra inteligencia la que ilumina la supuesta oscuridad de un texto.

Es necesario un trabajo con el texto para comprender lo que dice y esto surge de una necesidad de verdad que hay en cada uno; tenemos que saber lo que las palabras o las frases significan. Pero es preciso también mirar qué pasa en uno al leer el texto. Este conocimiento de lo que ocurre en mí a partir de la lectura también es motivado por la misma necesidad de verdad. Queremos conocer la palabra en nosotros, no en general ni teóricamente.

Hablar y escuchar en una homilía es entrar en una habitación muy iluminada que puede poner al descubierto cosas que no queremos ver. No apaguemos la

luz, no la ocultemos, mejor pongamos manos a la obra, en nuestro corazón, en nuestra comunidad, en la Iglesia, en donde sea, para poder vivir a la luz de la Palabra.

J. O.

¿QUIÉN PUEDE DECIR?

“¿Quién puede decir lo que Dios podría hacer si nos atreviésemos, apoyados en su Palabra, a seguir hasta el final sus consejos y nos abandonáramos a la providencia?”

TEILHARD DE CHARDIN

“¿Quién puede decir lo que llegaríamos a ser si conociéramos nuestro ser, si nos fiásemos de nuestras intuiciones, si siguiéramos nuestra conciencia?”

ANDRÉ ROCHAIS

Vivimos en un mundo y un tiempo fascinantes, pero en los que después de tantas transformaciones parece instalarse la idea de que es imposible cambiar el corazón del hombre. Los textos que inician estas páginas, estas dos inmensas preguntas, formuladas, una por un pensador y la otra por un pedagogo, nos ofrecen un poco de aire fresco y al mismo tiempo nos desafían. Son palabras que invitan a la apertura del corazón y de la mente, que animan a pensar en un mundo en el que no está todo dicho y en el que aún se puede buscar a alguien que se anime a decir algunas cosas: “¿quién puede decir...?”.

Limitados por una concepción de la realidad que ha empapado nuestras almas de conceptos de economía, extendemos a todos los órdenes de la vida un principio que es ley sólo en las cuestiones del dinero: “los bienes económicos por definición son escasos”, enseñan los maestros de estas ciencias. Y en esta confusión olvidamos que casi todas las cosas importantes no son “escasas”. La curiosidad humana, las ganas de crecer y de creer, el amor, las posibilidades de desarrollo personal y de conocimientos, y tantas otras realidades humanas siguen abiertas hacia posibilidades incalculables. No hay límites teóricos para

ellas, nadie sabe hasta dónde podemos llegar por esos caminos y todos intuimos que nos trascienden, que nos llevan a alturas o profundidades que nos producen sensaciones contrapuestas: por una parte nos abruma y por otra nos sentimos creados para ellas.

¿Quién puede decir lo que Dios podría hacer ...? ¿Quién puede decir lo que llegaríamos a ser...? Teilhard de Chardin nos invita a hacernos la pregunta apoyados en Dios y André Rochais confiados de nuestras intuiciones y siguiendo nuestra conciencia.

Este libro es una invitación a recorrer esos caminos a partir de la observación de un momento muy especial en la vida de quienes quieren ser discípulos de Jesús: esos escasos minutos que transcurren durante la celebración de la misa y que llamamos homilía.

¿Por qué en ese lugar tan específico? ¿No hay acaso otros puntos de partida más interesantes para hacernos estas preguntas? ¿Qué hay especialmente rico en esos momentos que llamamos homilía? La respuesta a estas preguntas se puede expresar mejor con una imagen que con razonamientos. Imaginemos un grupo de arqueólogos que se instala en un campamento y se dedica a extraer valiosos aportes para su ciencia escondidos en una zona en la que se sabe que hubo una civilización muy antigua. Hace mucho tiempo que investigan, excavan, seleccionan un material muy importante. El trabajo que realizan es significativo para el conocimiento de aquella lejana cultura y en última instancia para conocer algo más del misterio del hombre. Un día alguien propone mirar debajo del campamento. Descubren que han mirado todo menos lo que tenían debajo de sus pies, lo que guardaba la tierra sobre la cual dormían. Es un poco incómodo, hay que mudar el campamento y cambiar algunas costumbres pero, ¿por qué no?. ¿No será que justo allí se oculta lo mejor?

En la homilía, que a veces distraídamente escuchamos, quizás se oculten los tesoros que buscamos desde hace tiempo. Es posible que sea un buen lugar para descubrir que “se puede”, que no hay límites en el crecimiento espiritual. ¿Quién puede decir lo que podríamos encontrar?

¿POR QUÉ HABLAR?

*“El cielo **proclama** la gloria de Dios
y el firmamento **anuncia** la obra de sus manos;
un día **transmite** al otro este mensaje
y las noches se van **dando la noticia**.”*

*Sin hablar, sin pronunciar palabras,
sin que se escuche su voz,
resuena su eco por toda la tierra
y su lenguaje, hasta los confines del mundo.”*
SALMO 19

¿Tiene sentido que los hombres hablemos en los templos si es el cielo el que proclama la gloria de Dios?, ¿que dediquemos tiempo y esfuerzo en intentar explicar las cosas que se refieren a Dios si es el firmamento el que anuncia sus obras?, ¿por qué proclamar con entusiasmo un mensaje que un día transmite a otro con tanta naturalidad?, ¿cuál es la novedad de la noticia de la que hablamos si ya las noches la van anunciando desde al principio de los tiempos?, ¿para qué tantas palabras si sin hablar resuena su eco por toda la tierra y su lenguaje llega hasta los confines del mundo?

La primera respuesta a todo esto está sugerida en las mismas preguntas. Se podría pensar que los corazones de los hombres que no se estremecen ante la maravilla de la creación, difícilmente se conmuevan ante una homilía. Es un problema de actitud. Una actitud de indiferencia que no es sacudida por la belleza inagotable de un atardecer o de una flor, de un gesto de amor o de una sonrisa, parece imposible que se modifique por las palabras de un libro viejo explicadas en un templo.

Y, sin embargo, los hombres, una y otra vez a lo largo de los siglos, nos inclinamos ante las palabras buscando lo que hay más allá de la belleza y procurando entender aquello que no tiene ninguna belleza, y que también hay de sobra en nuestro mundo. Seguramente Jesús habló muchas mañanas llenas de sol y flores que cantaban la gloria de Dios, y todas esas maravillas no hacían inútiles sus palabras ni su ternura. Y Él envió a sus discípulos a hablar, a anunciar una buena noticia que parece sumarse a las maravillas que el cielo proclama y enriquecer aún más ese eco que resuena por toda la tierra.

Los corazones que no se conmueven ante la naturaleza y los acontecimientos de la vida están encerrados, protegidos por corazas que les impiden sentir. Solamente los ojos enfermos o cerrados no pueden ver. Solamente los corazones que se han revestido de una armadura no pueden sentir. ¿Cómo llegar hasta esos corazones que a causa del sufrimiento se han hecho impermeables a la belleza y al amor?

Sólo algunas palabras y algunos gestos pueden atravesar esas defensas. Sólo aquellas palabras que pueden dar un sentido y aquellos gestos que pueden hacer comprender. El sufrimiento es un dolor que no se entiende. Cuando comprendemos somos capaces de resistir heroicamente los dolores, pero la contrariedad más pequeña, si no se comprende, puede causar estragos en nuestro corazón.

Las palabras curan los corazones porque le dan nombre a los dolores y enseñan a hablar de ellos. Las palabras exorcizan, ahuyentan fantasmas, nos abren el camino hacia la verdad y la reconciliación.

Necesitamos hablar, también de Dios. Necesitamos escuchar, también acerca de Dios. Cuanto mayor es el sufrimiento que hay en el mundo más necesitamos de palabras que generen espacios de compartir lo que nos pasa, palabras que se filtren detrás de las defensas y nos permitan un desarme que haga posible el amor y abran nuestros oídos para que escuchen la creación que “proclama la gloria de Dios”.

EL MOMENTO DE LA HOMILÍA

“Aunque la palabra divina, en las lecturas de la Sagrada Escritura, va dirigida a todos los hombres de todos los tiempos y está al alcance de su entendimiento, su eficacia aumenta con una explicación viva, es decir, con la homilía, que viene a ser parte de la acción litúrgica.”

MISAL ROMANO, 9

La Eucaristía es el momento central de la vida del discípulo de Jesús. Es el tiempo de nuestro contacto con el Señor, de encuentro real y comunitario con lo más importante, con lo esencial: la persona misma de Jesús, su mensaje y su salvación. Desde hace dos mil años la vida de los cristianos gira en torno a esta celebración. Es realmente el centro de la vida de quienes creen en Jesucristo.

La Eucaristía, palabra que quiere decir “acción de gracias”, tiene distintos momentos a lo largo de su celebración y se desarrolla en torno a dos ejes principales: la liturgia de la Palabra y la liturgia eucarística. La primera consiste en la proclamación de textos bíblicos y la homilía. La segunda en la oración del sacerdote y el pueblo. En el primer caso la comunidad se pone en contacto con el Señor presente en la Palabra; en el segundo, el Señor se hace presente en el pan y el vino, convertidos en el Cuerpo y la Sangre de Jesús.

Los cristianos hemos reflexionado mucho sobre este misterio, se han escrito toneladas de libros y pronunciado incontables charlas y conferencias a lo largo de la historia. Pero ninguna de las palabras dichas o escritas sobre la Eucaristía puede reemplazar la experiencia concreta de celebrarla.

La homilía es un momento especial de la celebración. Después de la lectura de los textos de la Sagrada Escritura, habla el sacerdote sin repetir fórmulas litúrgicas u oraciones. Habla él mismo y desde sus convicciones, sus ideas, sus experiencias; enseña, exhorta, ilustra con ejemplos, opina sobre algún tema. Tanto para quien habla como para el que escucha, es un momento especial, distinto al resto de la celebración. La atención se desplaza directamente hacia la persona que habla y hacia los temas que trata. Es, por decirlo así, el momento más imprevisible del rito y por eso también atrayente. Se espera que el sacerdote diga algo que afecte la vida de quienes escuchan, que hable de manera convincente y clara. Se esperan palabras de ese hombre concreto para este auditorio, también concreto, en este día, en esta celebración.

La palabra del predicador durante la homilía brota del texto bíblico, leído momentos antes, y relaciona esos textos con las situaciones personales o comunitarias de quienes escuchan. Lleva las palabras de las escrituras hacia el corazón de los que escuchan y los corazones que escuchan son invitados no sólo a escuchar. La palabra se aproxima a nosotros más porque se “elevan” los corazones hacia la Palabra, que porque ésta “descienda” hacia ellos.

Cuando en una homilía “se explica” un texto, no es para hacerlo más claro, sino que se intenta ayudar a quien escucha a llegar hasta el texto y entrar en él como se entra en una habitación o en un jardín. Son textos de una riqueza extraordinaria que ya han sido visitados antes por millones de personas y que, al igual que una antigua casa o un lugar histórico, siguen entregando a cada visitante su mensaje y su misterio.

Si en una homilía nos limitáramos a explicar un texto, estaríamos más bien dando una clase. Y una clase es otra cosa, no es una homilía. Sin duda en una homilía se enseñan y se aprenden muchas cosas, pero no es solamente una enseñanza. El que predica se propone algo más que enseñar y el que escucha espera algo más que aprender.

Más limitado aún sería pretender “interpretar” el texto y transmitir una opinión sobre él. La celebración de la Eucaristía no es un espacio para opiniones o interpretaciones, y quienes están escuchando no se han reunido para saber lo que piensa u opina el padre tal. Menos aún la homilía puede reducirse a consejos o imposiciones morales que vaciarían el misterio del encuentro con la Palabra de Dios, convirtiéndolo en un torpe enunciado de

deberes y obligaciones. La homilía es más que eso. Habitualmente las personas ya saben lo que está bien y lo que está mal, y lo que buscan en la celebración es más bien la fuerza y claridad que les permita hacer ese bien que conocen y desean, y evitar ese mal del que no saben o no pueden alejarse.

La homilía no es una interrupción del rito; forma parte de él y del misterio que se celebra. Debe ser clara en la presentación del misterio, que no es lo mismo que un intento de aclarar el misterio.

La homilía es un momento que se vive más que unas palabras que alguien pronuncia o que otros escuchan: es un tiempo en el que, mientras alguien habla y otros escuchan, ocurren cosas. En el interior de cada uno, el que atiende, el que está distraído, el que está enojado, el que está fascinado, el que no entiende, el que se asusta, todos están viviendo algo con respecto a esa palabra. No es lo mismo escuchar distraído la palabra de Dios que la televisión; no es lo mismo opinar sobre lo que dice el cura que habla en una celebración religiosa que hacerlo sobre lo que dice un comentarista de fútbol. De una forma u otra nuestras actitudes son ante una palabra que se pronuncia en nombre de Dios.

Esto es así también para el que habla. No es lo mismo hablar ante un auditorio distraído en la inauguración de una plaza que en la iglesia y durante la celebración de la misa. La actitud de los que escuchan condiciona lo que se dice y la manera de decirlo. Hablar ante un grupo atento en una celebración participada hace que lo que se diga brote más lleno de vida y de interés.

En una homilía el clima se construye entre todos y todos los que están presentes van dándole vida a ese momento.

UN TIEMPO PARA LA SABIDURÍA

“La Sabiduría es luminosa y nunca pierde su brillo: se deja contemplar fácilmente por los que la aman y encontrar por los que la buscan. Ella se anticipa a darse a conocer a los que la desean.

El que madruga para buscarla no se fatigará, porque la encontrará sentada a su puerta. Meditar en ella es la perfección de la prudencia, y el que se desvela por su causa pronto quedará libre de inquietudes.

La Sabiduría busca por todas partes a los que son dignos de ella, se les aparece con benevolencia en los caminos y les sale al encuentro en todos sus pensamientos.”

LIBRO DE LA SABIDURÍA 6, 12-16

Este texto nos habla de la sabiduría de una manera diferente de la que estamos acostumbrados. No habla de ella como una meta lejana ubicada en un lugar difícil de alcanzar, sino que nos dice que viene a nuestro encuentro, que está sentada en la puerta de nuestra casa, que viene hacia nosotros y aparece en nuestro camino en todos nuestros pensamientos.

Desde esta perspectiva, para alcanzar la sabiduría no es necesario recorrer un largo camino que nos lleva muy lejos, sino más bien abrir la puerta. Por lo tanto la actitud interior es muy distinta.

En realidad, también hay que caminar hasta la puerta, y aunque el trayecto seguramente sea menor, es bueno aceptar que ese corto trecho puede ser bastante arduo. Puede ser un camino tan difícil como el que hay que recorrer cuando, por ejemplo, después de una discusión o una pelea, nuestra mano no quiere abrirse en señal de amistad o reconciliación. Hay personas que

necesitan años para hacer ese mínimo recorrido desde el corazón hasta la mano.

Para abrir la puerta del corazón hay que conocer el camino que llega hasta ella. “El Señor está a la puerta y llama” (Ap. 3,20), ¿por qué habría de resultarnos tan difícil abrirle? La Sabiduría espera en la puerta, nos recuerda el texto. Evidentemente la dificultad no está en las distancias sino en la actitud.

Está claro que no se trata de la sabiduría de los libros, de la acumulación de conocimientos. Tampoco puede tratarse de la sabiduría de la especialización, de aquel que sabe mucho de una sola cosa. En más bien la sabiduría que se alcanza cuando se vive “viviendo”. Cuando las cosas buenas y malas no pasan por la superficie de nuestra vida, sino que se las deja entrar. Es la sabiduría que se puede encontrar en algunas personas muy sencillas, incluso analfabetas, pero empapadas de una profundidad que nace de los sentimientos, no de “la cabeza”.

Hay personas cuyas palabras parecen brotar como de un manantial muy profundo. En un primer momento nos pueden producir cierta admiración, pero al poco tiempo también alguna incomodidad. No es fácil responder. Los que hablan desde el corazón obligan a contestar también desde ahí y, habría que reconocerlo, muchas veces no sabemos hacerlo. Especialmente quienes tenemos muchas posibilidades de expresarnos a partir de lo leído en los libros nos descubrimos un poco torpes y como en un terreno desconocido.

La homilía transmite principalmente sabiduría. Ante ella naufragan nuestras ideas “claras y distintas”. Se parece más al discurso un poco torpe de alguien que está hablando con el corazón en la mano, y que expresa simplemente lo que siente y lo que aprendió sintiendo.

La dificultad no está en lo que se dice, sino en que golpea la puerta del corazón y en que tenemos que recorrer ese camino interior que lleva hasta ella para poder abrirla. Lo difícil es que las homilías son fáciles. No nos dan mucho camino para recorrer por afuera de nosotros mismos, no le dan alimento agradable a nuestra cabeza, no la entretienen con teorías y grandes propósitos, que siempre están lejos en el espacio y en el tiempo. En lugar de esto en el momento de la homilía somos invitados a recorrer el corto y misterioso camino que lleva hasta la puerta de nuestro corazón.

LA PALABRA SE HIZO CARNE

*“Y la Palabra se hizo carne,
y habitó entre nosotros,
y hemos contemplado su gloria.”*
JUAN 1:14

La Palabra se hizo carne... Esta expresión, que sólo puede usarse con propiedad referida a la encarnación del Hijo de Dios, es tan inagotable en su riqueza que también podemos decir que se hace realidad en cada homilía.

Las palabras de una homilía expresan la fe de un corazón que en ese momento habla; pero en realidad cada homilía es como un eco, que repite infinidad de corazones que antes hablaron de esa misma manera. Es la misma palabra que fue pasando de corazón a corazón y que en ese instante vuelve a sonar con absoluta novedad.

En ese misterioso momento, la palabra conservada durante siglos en los libros y los corazones vuelve a pronunciarse actualizada y viva. La misma palabra de Jesús vuelve a sonar. Se hace carne, materia, en el sentido más concreto: al pronunciarse una palabra unos pulmones elevan un aire que pasa por unas cuerdas vocales y en forma de ondas recorre el espacio, al que hace vibrar, llega a unos oídos, a un cuerpo, conmueve un corazón... En un lugar de ese cuerpo queda, es guardada, germina poco a poco y va brotando hasta que produce frutos en actitudes, respuestas, gestos, actos, decisiones, formas de vida...

Las palabras apenas pasan por el aire, y si quedan fijadas solamente por escrito poco a poco se marchitan; únicamente en el corazón del hombre pueden ser guardadas, estar vivas y crecer.

Una visión un poco apresurada de las cosas tiende a pasar de la palabra a la acción y considera palabra concreta y encarnada sólo el testimonio de las acciones realizadas en la vida cristiana. Es cierto que hacia allí va la palabra, pero normalmente cuando una palabra se convierte en acto concreto y visible, hace ya tiempo que está encarnada, hace mucho que habita un cuerpo en el que poco a poco es comprendida y amada, en el que poco a poco se va convirtiendo en algo más que palabra, en certeza, en sensación, en roca firme sobre la cual apoyarse. “El Reino de Dios es como un hombre que echa la semilla en la tierra: sea que duerma o se levante, de noche y de día, la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo.”(Mt. 4,26)

La homilía es el momento en el que la palabra se hace carne porque suena nuevamente el Evangelio proclamado por una persona concreta, para una comunidad, en una fecha y a una hora determinadas. Al llegar esa palabra a los corazones, se produce una especie de reacción en cadena que pone en contacto esa palabra de ese día, con muchas otras escuchadas antes.

Cada palabra nueva enriquece y realimenta muchas otras que ya estaban en el corazón del que ahora está escuchando. Incluso en el caso de que materialmente la palabra sea la misma, esa palabra “nueva” se encuentra con “la misma” que ya lleva tiempo germinando en ese corazón. No es igual escuchar, “Dios es Padre” a los siete años, que a los cuarenta; ni escuchar esa frase en un casamiento o en un entierro... La misma palabra nos sorprende siempre en una situación nueva y permanece para siempre con un nuevo color y una nueva fuerza.

La palabra se hace carne, sensación, certeza. Querer pasar de la palabra escuchada, memorizada y entendida directamente a los actos, es pretender reducir el Evangelio a unas cuantas ideas que se imponen (a uno mismo y a los demás) a fuerza de voluntad y exigencias que siempre terminan en frustración. La palabra encarnada no es una palabra que uno sabe explicar, sino una palabra que lo explica a uno.

Muchas veces es justamente la palabra no entendida, pero conservada y amada, la que se va incorporando silenciosamente. Por eso disminuimos el objetivo de una homilía cuando la reducimos a “explicar a la gente” lo que dicen los textos. El camino de la explicación suele acabar en una calle sin salida. Los textos Sagrados están llenos de palabras o frases “sin explicación”, que no están destinadas a ser entendidas o puestas en práctica a

los diez minutos, sino que son palabras destinadas a ser escuchadas y guardadas.

Ciertamente no están destinadas a ser solamente memorizadas, sino guardadas en el corazón, en contacto con la vida, cuestionándola y siendo cuestionadas por la vida, “expuestas” a la vida; encarnadas, sometidas a todas las vicisitudes de la carne y por lo mismo vivas y en crecimiento.

Cuando se habla en una homilía, o se la escucha, hay que saber también que no todas las palabras del Evangelio están destinadas a ser vividas por todos. En realidad, cada uno de los oyentes debe descubrir cuál de esas palabras está destinada a ser guardada por él. Hacer vida el Evangelio que yo puedo hoy, a esta edad, con esta cultura, con esta salud; no es cuestión de “aprenderse todo el Evangelio y ponerlo en práctica”, menos aún se trata poder explicarlo.

Por eso hablar o escuchar en una homilía es una experiencia referida siempre al presente: en ese momento esas palabras se hacen carne en esos corazones. No es poco. Puede ser el punto de partida para otras cosas aún mayores, pero ese momento en sí mismo tiene su propia riqueza y su propio valor. Especialmente tiene la riqueza y el valor de algo que realmente está ocurriendo.

6

APRENDER A ESCUCHAR

“Ojalá hoy escuchen la voz del Señor:

‘No endurezcan su corazón...’ ”

SALMO 95,7

*“Les daré un corazón nuevo y pondré
en ustedes un espíritu nuevo: les
arrancaré de su cuerpo el corazón de
piedra y les daré un corazón de carne.”*

EZEQUIEL 6,26

Aceptamos con naturalidad que para escribir bien hay que aprender, hay que tomarse un trabajo y adquirir una habilidad que se logra con un esfuerzo. También entendemos que para hablar, especialmente en público, es necesaria una cierta capacitación; pero no aceptamos que lo mismo ocurra con el saber escuchar.

Escuchar es algo que hay que aprender, especialmente en esta época en la que gracias a los medios de comunicación se escuchan tantas cosas diversas. Hay que escuchar de distinta manera los diferentes discursos que recibimos. No es lo mismo escuchar un noticiero que prestar atención a lo que le ocurrió a un hijo en la escuela; no es igual la palabra de quien está intentando vender un producto que aquella que escuchamos en la homilía.

Tenemos mucho para aprender en esto. Casi sin darnos cuenta un personaje de ficción o un ídolo deportivo adquieren en nuestro corazón más relieve que las personas con las que convivimos. Podemos llegar al absurdo de atender mejor a un partido de fútbol que a un hijo que en ese momento, y no después, necesita hablar de algo que le pasa.

No es fácil llegar al templo y sintonizar rápidamente con el lenguaje y las formas que allí tiene la palabra. Tampoco es sencillo en el momento de hablar

no mimetizarse con los lenguajes mediáticos. En ocasiones, parece que algunos abandonan el tradicional modelo escolar, que hacía que en el templo se hablara como en un aula; y adoptan el modelo televisivo, que lleva a los que hablan a adoptar un estilo de “comentaristas de la realidad” o de “animadores” y que ubica a los que escuchan en el lugar de “público” o, en algunos casos de “consumidor”.

Muchas veces durante una celebración litúrgica, y especialmente en la homilía, parecemos sordos, pero no sordos como aquél cuyo oído no funciona sino como aquel que está junto a una máquina muy ruidosa y no puede escuchar a quien le está hablando. Llegamos hasta la Iglesia, invadidos de ruidos y preocupaciones. Habitualmente, lo que nos cuesta no es fijar la atención en las cosas del espíritu sino dejar de atender a otras.

En el caso de las homilías el primer error, y el más común, cuando decidimos ponernos a escuchar, es pretender dejar de lado y olvidar por un momento las preocupaciones de la vida. Intentamos transformar ese espacio y ese tiempo en una burbuja, en un paréntesis, en un oasis, en el cual alejarnos y si es posible olvidarnos de “todo lo que nos pasa”.

No es un buen camino, en primer lugar porque es imposible; a los pocos minutos, o segundos, las realidades cotidianas reaparecen para exigir nuestra atención. Y en segundo lugar, porque todo lo que ocurre en el templo es justamente para transformar y enriquecer la vida de todos los días. El desafío no es olvidarse de las cosas sino mirarlas de una manera distinta. Las palabras de la homilía están justamente destinadas a ayudarnos a mirar la realidad desde otro ángulo. Esto hace que puedan parecer “alejadas de la realidad”, pero lo que ocurre es que son una invitación a mirar esa misma realidad con una mirada trascendente, y esto suele incomodar y plantear desafíos.

Esta dificultad no es sólo de quienes escuchan sino también de quienes hablan. Puede ocurrir que quien tiene que hablar se deje llevar por la tentación de huir desde lo concreto hacia el territorio siempre más prolijo y ordenado de los principios generales y las abstracciones. La vida real queda entonces lejos y reducida al lugar en el que “hay que vivir” eso que se está diciendo.

También puede pasar que la vida concreta y sus urgencias ocupen en la homilía el centro de la escena sin ninguna pretensión de orden y expuestas allí como en un noticiero de televisión. La Palabra de Dios queda relegada a un papel casi decorativo o reducida a una serie de consejos generales, que se

diluyen ante la inevitable superficialidad de las descripciones y soluciones que se pueden aportar en una homilía.

Todos los que están involucrados en el momento de la homilía están invitados a ser permanentes discípulos de la palabra, no sólo de la Palabra de Dios proclamada en el templo, sino de la palabra de Dios expresada en los acontecimientos de la vida. Si llegamos al templo buscando el sentido trascendente de los dolores y las alegrías de la vida cotidiana entonces seguramente no intentaremos olvidarla en el momento de la oración. Justamente la palabra de Dios y la homilía adquieren toda su riqueza cuando nos dan la clave para comprender y trascender las urgencias muchas veces dolorosas de la vida.

Durante la homilía la vida está ahí, presente, más para ser escuchada, aceptada, agradecida y amada, que para ser entendida o explicada. La Palabra de Dios no nos explica la vida, sino que nos revela su misterio. Parafraseando el salmo podemos decir que “nuestra vida proclama la gloria de Dios y anuncia la obra de sus manos, sin hablar, sin pronunciar palabras, sin que se escuche su voz...”. (Sal. 19)

Bienaventurado en el Evangelio es aquel que escucha y entiende lo que dice el Señor. Esto no quiere decir ser muy inteligente y bien preparado. No es así, bienaventurados, en la Biblia, son los pobres y los humildes de corazón, porque ellos son los que están en el mejor sitio desde el cual entender lo que dice Jesús. Son quienes están más cerca de la realidad y los que saben percibirla como una mensajera, como una voz. Quienes son capaces de trascenderla cualquiera sea el aspecto con que se presente, capaces de descubrir una palabra detrás del momento más dramático o del más feliz. Lo que nos pasa significa algo, quiere decir algo, y lo que “quiere decir algo” es una palabra. Y se trata de una palabra que también hay que saber escuchar en el templo.

Otro error bastante común, y que afecta especialmente a quienes hablan en una homilía, es la tentación de explicar demasiado.

El lenguaje y las formas de hablar y de escuchar son fruto también del entorno sociocultural; no puede ser de otra manera. Pero es riesgosa la expresión, muchas veces usada, de “adaptarse” a una cultura y un tiempo. Este “adaptarse” sería solamente válido para, por ejemplo, casos de extranjeros que deben hablar en un lugar no habitual para ellos; lo normal, no es tener

que hacer un esfuerzo de adaptación, sino simplemente expresarse y escuchar con naturalidad de acuerdo con el ámbito al que se pertenece.

La actitud de adaptarse a un auditorio en pocos casos es un “noble esfuerzo” del que habla; habitualmente esconde una postura algo soberbia, de quien se siente por encima de su auditorio. Es la actitud quizás correcta para un premio Nobel de física que debe hablar en un colegio sobre la teoría de la relatividad, pero nunca para un predicador. En una homilía el que habla no lo hace ante un auditorio ignorante del tema, sino ante una comunidad a la cual pertenece y junto con la cual ha compartido un momento antes un pasaje de la Escritura. El punto de partida, en este caso, no es la ignorancia de los demás, sino lo que los otros pudieron comprender.

Sin duda un predicador puede y debe enriquecer esa comprensión, pero no es un buen camino presuponer ignorancia en los demás; esa actitud pone un tono en las palabras y una actitud en el cuerpo, que no genera una buena relación entre el que habla y el que escucha una homilía. Puede una persona haber comprendido muy poco de un texto si se compara lo que sobre ese texto sabe ella con lo que sabe el que habla. Pero ese poco puede ser muchísimo para ella. El poco o mucho no debe medirse con relación a todo lo que alguien podría saber sobre un tema, sino con relación a lo que la persona puede y necesita saber. Esto conviene recordarlo siempre, tanto si uno tiene que hablar como si uno tiene que escuchar.

La expresión “Dios es Padre”, pronunciada por un chico de 10 años o por el Papa, es materialmente la misma. Ambos pueden decir exactamente la misma frase. Es probable que el Papa conozca de esa frase más que el chico, pero eso no quiere decir que el chico sepa poco; sabe lo que puede saber y, en última instancia, lo que importa no es saber explicar lo que quiere decir “Dios es Padre”, lo que importa es experimentarse a sí mismo como hijo de Dios. Puede ocurrir que alguien diga una magnífica conferencia sobre “Dios es Padre” a personas que conozcan mejor que el orador lo que es ser hijo de Dios.

Habitualmente no sabemos cuánto saben quienes nos escuchan y no podemos jamás sembrar dudas o invalidar lo que los otros saben. El que sabe muy poco debe encontrar ese poco bien valorado en la homilía y nunca la homilía puede descalificar lo poco o mucho que cada uno ha sido capaz de crecer en su vida espiritual hasta ese momento.

HABLAR DE ALGUIEN

“Llegado Jesús a la región de Cesarea de Filipo, preguntó a sus discípulos: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?». Ellos dijeron: «Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías, otros, que Jeremías o uno de los profetas». Y él les dice: «Y ustedes ¿quién dicen que soy yo?». Simón Pedro contestó: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo».

MATEO 16,13-16

Todos sabemos que es difícil hablar de alguien. Si queremos ser fieles a la verdad tenemos que buscar muy bien las palabras para hablar de cualquier persona. Sea alguien a quien tratamos diariamente, a quien amamos o quien no amamos, una persona conocida fugazmente o vista por televisión: nunca es sencillo encontrar las palabras.

También es difícil escuchar hablar de alguien. Tomamos las palabras recibidas con cuidado, sabemos que son relativas, y si realmente nos interesa saber algo de una persona nos ocupamos de conocerla directamente. Sabemos que es difícil conocer bien a los demás y nuestra propia experiencia nos enseña que lo que otros dicen de uno no suele ser así como se dice. Para bien o para mal lo que se diga de cada uno de nosotros es incompleto o decididamente falso.

En las homilías no se habla principalmente de temas espirituales, consejos morales o verdades teológicas. En primer lugar se habla de alguien, de Jesús de Nazaret. Todos los demás temas surgen de él. Por eso, porque es una persona concreta el centro de todo lo que decimos y escuchamos, es que lo principal en el momento de la homilía es esa relación personal que tenemos con aquel de quien se habla.

Hablamos o escuchamos hablar de Jesús. Nuestra situación ante esto dependerá de muchas cosas. Puede ser que conozcamos a Jesús sólo vagamente, como de oídas, o que no sepamos nada de él. Puede ser que desde chicos lo hayamos conocido, y que lo amemos y sea lo más importante para nosotros, o que habiéndolo conocido hace algún tiempo sea ahora una inmensa distancia la que haya entre él y nuestra vida. Podemos tener ante él indiferencia o curiosidad, o cualquier actitud, pero siempre será algo que se siente hacia una persona. Y, para ser más preciso, algo que se siente hacia una persona que se nos presenta como muerta en una cruz hace dos mil años pero de la que se habla en presente, de la que se afirma su presencia hoy, en ese lugar, en ese momento.

Decir o escuchar una homilía es una experiencia de encuentro con Jesús. Es un desafío, una provocación, que nos invita a preguntarnos qué creemos nosotros realmente con respecto a Jesús. ¿Qué pasa en mi corazón cuando escucho ese nombre?, ¿qué pasa en mí cuando escucho hablar de él en presente?, ¿creo en eso que escucho o en eso que hablo? Creer en Jesús, ¿es creer en algo concreto o es posible llenar la palabra “Jesús” de cualquier contenido?, ¿estamos realmente hablando de alguien?, ¿qué quiere decir “creo en Jesús”?, ¿qué es creer en Jesús?

¿Es creer que Jesús vivió en un tiempo y en un lugar, que predicó y fue perseguido y asesinado? Eso no se cree, se sabe, nos lo dice la historia, es un hecho o una serie de hechos que están ahí, que simplemente ocurrieron. Ser cristiano no es “creer que Jesús existió”. Si no sé esto, no soy no-cristiano, soy alguien que sabe poco de historia.

¿Crear en Jesús es pensar que él fue una persona llena de sabiduría y bondad cuyo ejemplo hay que imitar? Mucha gente cree que ser cristiano es imitar a Jesús, y que creer en él consiste solamente en esto; pero se quedan a mitad de camino. Ver a Jesús como un gran hombre, como muchos otros que han hecho bien a la humanidad, no es suficiente para hacer de él el centro de nuestra vida y mucho menos para hablar de él en presente y como alguien que está vivo.

¿Qué es entonces creer en Jesús? Es tomar una decisión personal ante un hecho concreto: después de muerto Jesús, el sepulcro apareció vacío (esto se sabe, es historia) y ante este hecho se tomaron dos posturas: unos dijeron que los discípulos se habían robado el cuerpo, otros comenzaron a anunciar que Jesús había resucitado. A partir de ese día cada hombre que oye hablar de

Jesús se enfrenta ante sí mismo a la decisión de creer en una cosa o en otra. O creemos a los jefes del pueblo o creemos a los Apóstoles. No hay posibilidad de algo intermedio, alguien miente.

¿A quién le creo? Si creo que no resucitó, entonces Jesús fue un buen hombre, un idealista como tantos. Si creo la buena noticia (el Evangelio) de la Resurrección, entonces Jesús se convierte para mí en la persona más decisiva, fundamental y determinante que haya existido, o mejor dicho, que existe, porque si resucitó está vivo.

Creer en Jesús es creer que ese Jesús de Nazaret, de quien nos habla la historia, está vivo. Así de simple y así de importante.

Hablar o escuchar hablar de Jesús es querer saber más sobre ese que ha resucitado. Entonces el Evangelio no son sólo palabras para consolarme, buscar paz, argumentar contra alguien o confirmar mis opiniones. Si creo que Jesús está vivo, esas palabras establecen una misteriosa proximidad entre nosotros y el resucitado. Son palabras que nos cuentan cómo fue su vida, cómo eran sus gestos, su manera de amar y su ternura.

Si me digo a mí mismo que creo en Jesús, se produce una especie de reacción en cadena. Una serie de personajes entran en escena y pasan a ocupar un lugar importante. María y los Apóstoles son los primeros en aparecer, pero inmediatamente adquieren relieve cada uno de los personajes, grandes o pequeños del Evangelio. En realidad se abre un mundo nuevo ante mis ojos, descubrimos un pueblo entero, un pueblo cargado de historia y de acontecimientos extraordinarios, y la historia de toda la humanidad adquiere otras dimensiones. Ese Jesús que vive en Nazaret está incompleto si lo separamos de aquello que lo precede y de toda la historia que se transforma a partir de su paso por el mundo.

El sepulcro vacío nos obliga a tomar una decisión: o creemos a quienes dicen que los discípulos se robaron el cuerpo o creemos a Pedro y a sus amigos que nos dicen: “Ha resucitado”. Notemos algo que suele pasar inadvertido: si digo que creo que Jesús resucitó, en ese mismo instante estoy afirmando que creo en aquellos que me dicen que resucitó, pues por ningún otro camino me ha llegado esa noticia. A veces parece que no nos damos cuenta de esto: la fe en la resurrección de Jesús es inseparable de la fe en la Iglesia, que es la que me dice que resucitó.

Por eso es en el templo y en celebraciones litúrgicas en donde se viven las homilias. La Iglesia cuida con esmero ese espacio. No todos pueden predicar en nombre de la Iglesia, ella selecciona y prepara especialmente a quienes van a hacerlo. Cuando uno habla en una homilía no puede confundirse y mezclar lo que enseña la Iglesia con lo que son opiniones personales. Lo mismo ocurre cuando uno escucha; la homilía no es el tiempo para confirmar mis opiniones y quedarme con la mediocre sensación de estar en el buen camino y no necesitar crecer. El paso siguiente cuando se escucha con esta actitud es “seleccionar” a los predicadores y prestar atención solamente a “los que piensan como uno”.

Llegamos así a un punto delicado en el que hay que tener en cuenta dos cosas: primero, estamos hablando de alguien que está vivo, y segundo, tenemos que saber que no es fácil cambiar la imagen que tenemos de las personas que conocemos. La homilía es el momento en el que se encuentran la imagen de Jesús que tiene el que habla y aquella que tiene el que escucha. Ambos ponen en juego algo muy profundo y muy íntimo. Es un encuentro posible solamente desde un amor verdadero hacia aquel de quien estamos hablando.

Amor verdadero y por lo tanto abierto al misterio siempre sorprendente de cada persona. Cuando el padre y la madre hablan del hijo al que cada uno ve de distintas maneras, lo hace cada uno desde su amor, apoyados cada uno en lo que “ve” de su hijo y sabiendo a la vez que el niño es mucho más que aquello que ambos pueden ver. Ese ser humano que criaron y que conocen como “si lo hubieran parido” es también un misterio y toda la vida los sorprenderá.

Hablar y escuchar en una homilía es entablar un diálogo de amor acerca de alguien que vive, que está cerca, de quien conocemos y amamos algo que es mucho con relación a nuestro corazón pero muy poco con relación a lo que está aún por conocerse y amarse. Por eso queremos seguir hablando y escuchando, para conocerlo más, para amarlo más, para seguir ayudándonos unos a otros en este conocimiento y en este amor.

HABLAR DE NOSOTROS

“Lo primero es conocerse a sí mismo, pero, jamás nos acabaremos de conocer a nosotros mismos, si no procuramos conocer a Jesús. Hay dos ventajas en este mirar a Cristo y luego mirarnos a nosotros mismos: la primera es palpar la diferencia que existe entre él y nosotros, el contraste entre algo tan blanco y la negrura salta a la vista; la segunda ventaja en mirar la vida de Cristo es que nuestra inteligencia y voluntad mejoran y se hacen más fuertes.

Este fortalecerse de nuestra alma nos llega, por así decirlo, de aquello mismo que tocamos con nuestra inteligencia y voluntad, lo que no ocurre si solamente fijamos nuestra atención en nuestro propio ser, en nuestras poquedades y torpezas. De todo ese barro sólo surgen temores, inquietudes y falsas humildades, perderíamos el sendero. Es preciso conocerse bien, pero no mirando solamente el propio fango, la fuerza nos viene de mirar hacia él, y conociéndolo a él nos conocemos mucho mejor.”

Santa Teresa

En una homilía siempre se habla de alguien porque se habla de Jesús, de Él surgen todos los temas, los consejos, las ideas. Además hacia Él conducen todas las palabras que podamos decir en esos minutos. Las palabras llevan hacia Él y Él viene a nuestro encuentro en ellas.

Pero también se habla de alguien porque el que habla está diciendo algo de sí mismo. Hablar en público “expone”, pone afuera, debilidades y fortalezas, certezas e inseguridades, cultura o falta de cultura, conocimientos o ignorancia, de quien está hablando. Especialmente, de una manera u otra, el

que habla está mostrando su propia relación con Jesús. No es fácil hablar de alguien sin que quede de manifiesto lo que uno siente por esa persona, lo mucho o poco que se la valora; no se puede hablar de alguien sin que los demás no se enteren si uno ama o no a ése de quien está hablando, si se tiene con él una relación superficial o profunda. Y esto es especialmente así cuando hay que hacerlo muchas veces. Quizás una o dos veces se puede mentir, pero de una forma u otra quien habla de alguien expresa su relación con él.

Además de hablarse de Jesús y del que habla, en una homilía se está hablando del que escucha. Por eso a veces es difícil escuchar, porque el que escucha está oyendo hablar de sí mismo. Lo que se dice hace referencia a él y está dirigido a ese que escucha. Si oímos hablar de Dios y del hombre en una conferencia en una universidad, quizá podamos no darnos por aludidos, los argumentos se están planteando en general y lo que importa es ilustrarnos sobre esa cuestión. Pero una homilía no es una clase teórica sobre teología o antropología: el que habla me está hablando a mí. Mientras estoy escuchando tengo enfrente a una persona que considera que es bueno que yo escuche eso que él me está diciendo. Sea en una pequeña comunidad ante el párroco o en la Plaza de San Pedro frente al Papa, las palabras de una homilía no están dirigidas a “la gente”, o a “un auditorio”. Las palabras, que están destinadas a germinar en los corazones, están elegidas y dichas para personas concretas, de carne y hueso. Si yo estoy escuchando, es a mí a quien se dirige.

En definitiva, en el momento de la homilía se habla de Jesús, de nosotros y de cómo es nuestra relación con él. Esto quiere decir algo que a veces resulta difícil de aceptar: una homilía tiene cosas para decirnos acerca de nosotros mismos y que podemos escuchar o no, pero en el mismo hecho de no querer escuchar algunas cosas estamos también expresando algo. Si se nos está diciendo algo que nos molesta escuchar tenemos allí una buena pista para nuestro crecimiento espiritual y para conocernos mejor.

Habitualmente en una homilía lo que menos nos gusta escuchar es lo que se refiere a nosotros, y suele ser porque el que habla nos devuelve una imagen de nosotros mismos que no queremos ver. ¿Por qué?, ¿por que habla de nuestros pecados? A veces puede ser esto, aunque no es lo común; a la mayoría de la gente no le importa que se le hable de sus pecados porque considera que no los comete, lo que molesta de las homilías es que se habla de lo que podemos. Lo que nos incomoda es que se ponen de manifiesto las inmensas posibilidades y capacidades que hay en cada uno. Como es común la imagen de sí mismo como alguien que puede poco en el campo espiritual, molesta escuchar todo lo que sí

se puede. Nos incomoda vernos descubiertos en nuestra mediocridad tantas veces disfrazada de parálisis o impotencia.

Muchos cristianos están acostumbrados a una espiritualidad bastante superficial en la que lo que importa es no ser ladrón, no ser asesino, no ser mentiroso, no ser infiel, no ser mal pensado, no ser mal hablado, etc.; casi sin darse cuenta han terminado poniendo como objetivo de la vida **no ser**, así, a secas. Con plena conciencia de estar dibujando una caricatura podemos decir que muchas veces las personas se acercan al templo para que se les explique cómo no ser. Y, lógicamente, salen molestas cuando se les dice todo lo que sí pueden ser, cuando se les muestra el inmenso horizonte de vida hacia el cual están invitados. Y si seguimos jugando con la caricatura, podemos aplicarla también a quienes hablan en una homilía igualmente obsesionados por todo lo que no tienen que ser, ni ellos ni los demás.

Las homilias son siempre hijas de una cultura y de un tiempo. Cuando leemos sermones de hace unos siglos y vemos, por ejemplo, cómo se exhortaba entonces a las mujeres a comportarse en el templo y en la vida, rápidamente podemos ver en esas expresiones la huella de una cultura y una concepción de las cosas que no surgen del Evangelio de Jesús. Dentro de un tiempo, cuando se lean las homilias obsesionadas por el NO SER, inmediatamente se podrá reconocer en ellas el espíritu de un tiempo asfixiado por el materialismo y descreído de las capacidades espirituales de todo ser humano.

“Lo primero es conocerse a sí mismo, pero, jamás nos acabaremos de conocer a nosotros mismos, si no procuramos conocer a Jesús.” El texto de Santa Teresa con palabras admirables en su claridad y sencillez, nos advierte sobre lo que ocurre cuando para conocernos sólo nos miramos a nosotros mismos: “si solamente fijamos nuestra atención en nuestro propio ser, en nuestras poquedades y torpezas... de todo ese barro sólo surgen temores, inquietudes y falsas humildades, perderíamos el sendero”. La liturgia de la Iglesia, la Palabra de Dios, las homilias, son una invitación a mirar la vida de Cristo y así “nuestra inteligencia y voluntad, mejoran y se hacen más fuertes. Este fortalecerse de nuestra alma nos llega, por así decirlo, de aquello mismo que tocamos con nuestra inteligencia y voluntad”.

Entre las muchas propuestas de autoconocimiento de nuestro tiempo, la Iglesia presenta una en cada homilía: “Es preciso conocerse bien, pero no mirando solamente el propio fango, la fuerza nos viene de mirar hacia él, y conociéndolo a él nos conocemos mucho mejor”.

Hablar o escuchar en la homilía es entrar en un juego de misteriosos encuentros en los que unos y otros nos vamos conociendo. Jesús, el que está hablando, el que está escuchando, todos se expresan. Nosotros, los que hablamos y escuchamos, lo hacemos en la medida de nuestras posibilidades; y Jesús, que también se expresa, lo hace de la misma manera: en la medida de nuestras posibilidades.

HABLAR DESDE LA VIDA

“Y sucedió que cuando acabó Jesús estos discursos, la gente quedaba asombrada de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como sus escribas.”

MATEO 7,28-29

Vivimos un tiempo marcado por una concepción muy individualista de la vida, principalmente en las culturas llamadas occidentales. A este fenómeno lo acompaña otro que podríamos llamar la “privatización de lo religioso”. Se trata de algo que es novedoso en la historia de las ideas.

Lo religioso ha sido siempre algo **recibido** por las personas, cada hombre nace en un contexto social y de él se recibe un sistema de creencias que lo trasciende. Cada individuo recibía las creencias de los padres o los antepasados, y éstas no se cuestionaban, y seguirían estando ahí y conservando todo su valor más allá de la vida de cada uno. La vida de las personas estaba al servicio de esas creencias.

Es un fenómeno nuevo que las personas se pregunten si tal o cual creencia “les sirve” o “no les sirve” para su vida. La pregunta siempre fue al revés, las personas estaban al servicio de sus creencias y no éstas al servicio de las personas. Ahora, especialmente en las culturas más desarrolladas y poderosas que dominan el mundo, es el mismo sistema de creencias aceptado el que indica que cada uno debe construir un sistema de creencias propio y desconfiar de los recibidos.

Las personas que se preguntan hoy si su fe “les sirve”, al plantearse esa cuestión evidencian, por una parte, un proyecto propio elegido al margen de cualquier creencia religiosa, y por otra, una búsqueda religiosa que sea útil a ese proyecto. O sea que el punto de apoyo del proyecto es la misma persona, lo que ella elige como valores, certezas, convicciones, etc. Lo religioso suele aparecer como algo “que da fuerzas” para llevar adelante ese proyecto.

Este desplazamiento de la experiencia religiosa, que deja de ser el fundamento de un sistema de creencias y pasa a ser el refuerzo de un sistema de creencias que no ha surgido de ella, plantea un tema amplio, complejo y fascinante que no podemos analizar en estas páginas pero que al menos hay que enunciar, porque ésa es la de actitud (consciente o no) de la inmensa mayoría de las personas que hoy escuchan las homilías en las iglesias.

Habitualmente los que hablamos en un templo nos dirigimos a personas que seleccionan de lo que decimos lo que les sirve a su proyecto y descartan todo lo demás. Si se dice: “Dios es amor, por eso debemos amarnos como Dios nos ama y vivir la sexualidad de acuerdo con los planes del amor de Dios”, seguramente quienes escuchan saquen la conclusión de que Dios es amor y que el amor es muy importante, y la referencia a la sexualidad es probable que se evapore como por arte de magia. “Eso pertenece a otro orden de cosas”; “eso yo ya sé como manejarlo”, “eso no tiene nada que ver con la religión”; “de eso los curas no entienden nada”, u otras cosas por el estilo; son convicciones que están instaladas en las personas que escuchan las homilías.

Lo mismo ocurre con el tema del dinero —es notable la separación que existe entre “los negocios” y “la religión”— o con la cuestión de determinadas opciones políticas: despiadados dictadores que participan de la misa como si fuera el día de su primera comunión. La lista de ejemplos puede ser larga. Sobre los mecanismos psicológicos que hacen posibles estas cosas se pueden escribir varios libros y también se trata de un tema apasionante, pero ahora vamos a fijarnos en un solo aspecto: lo habitual es que en el momento de las decisiones concretas (sexo, dinero, política, etc.) se elige en la vida diaria en función del propio proyecto, y no en función de valores que surjan de la propia experiencia religiosa.

Ahora bien, ¿esto es así porque las personas están enfermas, son inmorales, son irresponsables?. ¿Vamos a quedarnos tranquilos considerando que la causa de todo esto es el relativismo de nuestro tiempo o la secularización? ¿No hay debajo de este fenómeno de la privatización de la religión una pregunta que es necesario escuchar? ¿No será que las cosas están así porque se tiene una experiencia de la vida y de los problemas concretos, pero no se tiene una experiencia religiosa fuerte, sino que sólo se aprendieron algunas cosas sobre la religión? Es común que para la mayoría de los cristianos el problema no sea solamente que es difícil y exigente el Evangelio, sino que se tiene la sensación de estar atrapado entre **la experiencia** de la vida y **el deber ser**

(teórico) de lo religioso. Entonces, si la fe no es experiencia, no puede resistir la confrontación con la realidad.

La historia de Israel es la gran maestra de lo que es una experiencia espiritual y de ella tenemos mucho para aprender. Si interrogamos al pueblo judío sobre su Dios, siempre responde con relatos históricos; para conocer a Dios hay que comprender los acontecimientos promovidos por Dios en medio del pueblo. Israel **experimenta a Dios en la historia** y en ella descubre cómo es Dios y cómo es su forma de actuar. Cuando un israelita es invitado a hacer una profesión de fe, a recitar un credo, nos encontramos con el relato de una historia:

“Cuando el día de mañana te pregunte tu hijo, ¿qué son estos estatutos, estos preceptos y estas normas que Yahvé nuestro Dios nos ha prescrito?, dirás a tu hijo: Éramos esclavos de Faraón en Egipto, y Yahvé nos sacó de Egipto con mano fuerte. Yahvé realizó a nuestros propios ojos señales y prodigios grandes y terribles en Egipto, contra Faraón y toda su casa. Y a nosotros nos sacó de allí para conducirnos y entregarnos la tierra que había prometido bajo juramento a nuestros padres. Y Yahvé nos mandó que pusiéramos en práctica todos estos preceptos, temiendo a Yahvé nuestro Dios, para que fuéramos felices siempre....”

DEUTERONOMIO 6,20-24.

Se trata de una historia que pone de manifiesto el amor de Dios que guió a su pueblo de la esclavitud a la libertad, del desierto a la tierra fértil. No se hace una afirmación conceptual: “creo que Dios es amor”, “creo que Dios es fiel”, “creo que Dios me salva”, sino que se relata la experiencia que enseñó que Dios es amor, es fiel y salva.

No es un conocimiento intelectual de Dios, sino que es un conocimiento “con todo el corazón y con toda el alma”, un conocimiento que abarca al hombre en su totalidad. Es un conocimiento que surge de la experiencia.

Cuando leemos los textos del Antiguo Testamento tenemos la impresión de un exceso de reiteraciones, permanentemente el judío vuelve a recordar, (la vida de Abraham, el cruce del mar Rojo, el camino en el desierto, el maná, la conquista de la tierra, etc.). Constantemente hace memoria. Los más jóvenes tienen que saber **lo que Dios hizo**, justamente para poder conocerlo. Si olvidan lo que Dios hizo entonces se están olvidando de Dios. Si se olvida de

lo que Dios hizo, se desconoce a Dios. Si se recuerda lo que Dios hizo, se conoce a Dios.

Pero si miramos más atentamente la experiencia del pueblo elegido, descubrimos que no solamente se conoce a Dios por su intervención en la historia, sino que Dios interviene en la historia para poder ser conocido. La experiencia le enseña a Israel que Dios interviene para revelarse.

Si en nuestra propia historia personal no hay ningún “cruce del mar Rojo”, si no hay días en los que pudimos “comer al maná en el desierto”, si nunca sentimos a Dios “luchar de nuestra parte”, si no somos capaces de ver la mano de Dios que nos cuida y nos exige, entonces difícilmente podremos contar una historia en la que conocimos a Dios y no tenemos otro conocimiento que lo que podamos recordar del catecismo.

Cuando para nosotros nuestra propia vida es una experiencia y es una historia en la que se va conociendo a Dios, entonces no se esquivan los conflictos que la vida cotidiana pueden plantearle a la fe y pueden confrontarse también los hechos que parecen negar la presencia de Dios. No es necesario buscar refugio en falsos misticismos o fugas del mundo; si hay un choque entre la experiencia de fe y la vida de todos los días, se busca hacia adelante el sentido que ahora se escapa. No se trata de arrancar a Dios su misterio.

Seguramente entre quienes escuchan las homilías hay personas con una actitud que les impide entender por qué están enfermos, son hipócritas, mentirosos, etc., pero la inmensa mayoría son personas con una formación religiosa que les ha enseñado a desconfiar de la propia experiencia en el campo espiritual y que no les ha sabido enseñar a descubrir a Dios en la propia historia. Es común que las personas tengan la impresión de que la manera que ellas tienen de relacionarse con el Señor no sea muy aceptable a los ojos de la Iglesia. Esto hace que la poca experiencia que se tenga no pueda crecer ni ser alimentada. Venimos de siglos en los que la obsesión por los contenidos conceptuales parecía descalificar la experiencia real de esos contenidos en la vida del creyente.

Nuevamente bordeamos temas que exceden las posibilidades y pretensiones de este libro, pero retomando lo que se refiere solamente a la homilía vamos a detenernos en un aspecto: todo indica que éste es un tiempo en el que urge hablar de la fe desde la experiencia y no desde los libros. Cuando una palabra brota desde una experiencia de fe realmente vivida, esa palabra tiene fuerza y

eficacia. Y si sentimos que nuestra experiencia es pequeña entonces usemos palabras sencillas para hablar de lo que nosotros consideramos “pequeña experiencia”. La verdad es que en esto ninguna experiencia es pequeña y cualquier experiencia religiosa vale más que mil palabras vacías.

Tanto quienes hablan como quienes escuchan sienten en nuestros días una enorme necesidad de verdad, pero no con referencia a una verdad teórica, sino a que lo que se diga sea verdad en quien habla. Pero ahora esta “verdad en quien habla” no es algo relacionado con la calidad moral, con el “ejemplo de vida”, es interesante observar que en nuestro tiempo hay una notable aceptación de “las debilidades” o “incapacidades” de quienes hablan. Parece que la necesidad no es de escuchar a superhombres que viven a la perfección todo aquello que enseñan, sino seres humanos que experimenten de verdad esa fe que sienten y exponen.

A diferencia de otras épocas, hoy quienes escuchan consideran verdadero lo que no sale de los libros. Antes los oradores tenían que reforzar lo que decían citando a los grandes maestros, argumentando a partir de la frase de algún santo o del Papa; hoy los que escuchan una homilía quieren saber qué, de todo lo que sabe el que habla, ha surgido de su propio corazón y no fue aprendido en un libro.

ESCUCHAR DESDE LA VIDA

“Escucha, Israel: el Señor, nuestro Dios, es el único Señor. Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Graba en tu corazón estas palabras que yo te dicto hoy.

Incúlcalas a tus hijos, y háblales de ellas cuando estés en tu casa y cuando vayas de viaje, al acostarte y al levantarte. Átalas a tu mano como un signo, y que estén como una marca sobre tu frente. Escríbelas en las puertas de tu casa y en sus postes... ten cuidado de no olvidar al Señor que te hizo salir de Egipto, de un lugar de esclavitud.”

DEUTERONOMIO 6

En varias ocasiones se dice en los Evangelios que algunos de los que se acercaban a Jesús lo hacían “para espiar”, o también, que le preguntaban “para ponerlo a prueba”. Observemos que en ambos casos, quienes tienen esa actitud, son personas que escuchan con mucha atención.

No es un dato poco importante descubrir que quienes de una manera u otra terminan involucrados en la muerte de Jesús eran personas que escuchaban con cuidado lo que él decía. Esta gente no escuchaba a Jesús superficialmente, incluso sabemos que había reuniones en las que se discutía sobre lo que había dicho Jesús y que en uno de esos encuentros se toma la decisión de matarlo. Se trata de algo que hay que mirar con esmero si estamos reflexionando sobre el momento de la homilía y que afecta tanto a quienes tienen la tarea de hablar, como a los que principalmente escuchan.

Por otra parte, la historia nos muestra muchos penosos ejemplos de fanatismos y otras desviaciones de la religión, que han sido llevados adelante por personas que se sabían de memoria cada una de las frases de los evangelios.

Evidentemente cuando decimos que hay que escuchar, no nos referimos solamente a dejar que las palabras entren por nuestros oídos, ni siquiera se trata de que las palabras lleguen hasta el interior de cada uno. En realidad, antes de ponernos a escuchar hay que preguntarse ¿para qué quiero escuchar?, ¿por qué me acerco a estos textos y a estos lugares?, ¿qué busco?, ¿qué me mueve interiormente?

El que espía escucha con mucha atención, pero **su interés** no está puesto en aprender algo, necesita solamente determinada información que confirme o no una suposición anterior. Se presta atención a las palabras del otro a partir de una sospecha. El que escucha con esa actitud no tiene dudas de lo que sabe, ni quiere saber más; lo que le importa es ver hasta qué punto el otro no sabe lo mismo que él, no piensa igual, es distinto. El que espía quiere saber si el espiado pertenece a su bando o si es un enemigo. Y si, como era previsible, se trata de un enemigo, entonces quiere conocerlo bien para diferenciarse de él y eventualmente destruirlo.

Aunque pueda sorprendernos, esta actitud de los espías es bastante común a la hora de escuchar una homilía. ¿Por qué?, ¿acaso no se puede ser crítico?, ¿no podemos tener nuestra opinión sobre lo que se dice en una homilía? El espía puede parecer crítico, pero no lo es. El que critica desmenuza las palabras para encontrar la verdad, el que espía no busca la verdad, **se mueve por su interés** y suele encontrar lo que le interesa.

De la misma manera, es bastante común que la actitud en una homilía sea la del que escucha para “poner a prueba”; también se usa en los evangelios la expresión “para poner una trampa”. Quiere saber, pero no como el chico que pregunta: “¿por qué?”, sino como el que hace la misma pregunta tomando un examen y decidido a demostrar la ignorancia del alumno. En este caso la actitud no es la de espiar sino la de confirmar sus propias maneras de ver, de pensar y de actuar. Lo que sí tiene en común con el espía es que ambos están escuchando **movidos por intereses**, procurando reafirmarse en la seguridad que ya tenían antes de escuchar una sola palabra. Y, como todos los que ven sólo su interés, terminan encontrando en todos los discursos lo que quieren encontrar.

Es muy llamativo también mirar el enfrentamiento de Jesús con los letrados, con el pueblo y con el poder romano.

Ante los letrados, obsesionados por el cumplimiento de la ley y que no se preocupaban primordialmente del hombre sino de defender sus instituciones (los mandamientos, la tradición, el sábado, etc.), Jesús protege a las personas concretas (el parálítico, la prostituta, el centurión, etc.). La defensa del honor de Dios expresado en esas tradiciones, llevaba a los letrados al desprecio del hombre. En cambio, para Jesús, los dos mandamientos son inseparables: Dios está presente en el hombre, y no se puede despreciar a ningún ser humano para encontrar a Dios. Quien esto hace no adora al Dios **verdadero**.

El enfrentamiento con el pueblo, que lo quiere un dirigente político, tiene características similares. Jesús toma partido, condena toda injusticia y opresión, y en ningún momento es neutral en esa lucha; pero no hace suyos los deseos de quienes quieren eliminar a los opresores por la fuerza escudándose en motivaciones religiosas; eso también es convertir a Dios en enemigo de su propia imagen, el hombre. Es el mismo error que cometen los letrados, quien pretende alzar a Dios contra el hombre no conoce al **verdadero** Dios.

En el enfrentamiento entre Jesús y Pilatos, vemos a Jesús que es inocente y Pilatos lo sabe, pero él representa al César y puede disponer de la vida de los hombres. Lo que importa es el imperio, el poder, el equilibrio político y en atención a esos intereses él tiene el poder de sacrificar a los hombres sean o no inocentes. El Dios hecho hombre es condenado por el representante de un hombre que se atribuía a sí mismo los poderes de Dios. También aquí está en juego el Dios **verdadero**.

Tanto los letrados (que lo hacen detener y piden su muerte) como el pueblo (que lo abandona y elige a Barrabás) y el romano (que sabiéndolo inocente lo hace ejecutar) son esclavos de sus propios prejuicios, de una ceguera que tenía origen en un Dios inventado por ellos mismos. Cada uno creía en un Dios que servía a sus intereses (la ley, la revolución, el imperio), pero en realidad lo que tenían era **intereses** y a partir de ellos elaboraban una imagen de Dios que **les sirviera**.

Era necesario que Jesús, que no tenía pecado porque no había en él interés distinto al de Dios, manifestara con sus palabras, con sus gestos, su vida y su muerte, al Dios **verdadero**, es decir, no fabricado por hombres. La resurrección de quien de esa manera había sido condenado a muerte, es la confirmación definitiva de sus palabras y su vida.

Este Jesús, sin pecado, sin otro interés que conocer y vivir la voluntad del Padre, **es la palabra más clara**. En Él encontramos el camino para aprender a escuchar con un corazón abierto, con un corazón puro.

¿Qué me mueve a escuchar?, ¿qué busco?, ¿realmente quiero saber más, dejarme enseñar? ¿Quiero que esas palabras empapen toda mi vida? Sería bueno que una y otra vez volviéramos sobre estas preguntas. Especialmente habría que hacerlo cuando las homilías “no nos dicen nada”.

Es bastante común que, en momentos especiales de nuestra vida espiritual, escuchemos esperando una palabra concreta y que esa palabra no llegue, ni en esa homilía ni en la siguiente. En otras ocasiones nos autoconvencemos de que no hay palabra posible para nosotros y, lógicamente así ocurre. Cuanto más específico sea lo que busco, porque he decidido que eso es lo que necesito, es menos probable que lo encuentre.

Hay que buscar al Dios verdadero, no al que yo necesito ni al que a mí me parece que tiene que ser. Ésos no son Dios, son ídolos, y ya se sabe que “los ídolos tienen boca y no hablan...”(Salmo 115,5). En lugar de escuchar con esa rigidez sería bueno intentar escuchar desde la vida, desde la experiencia de nuestro crecimiento. En lugar de hacerlo desde intereses o especulaciones, estar realmente abiertos a dejar entrar las palabras en nuestro corazón, a pensar menos y sentir más.

En una homilía la pregunta sería más bien: ¿qué siento mientras escucho?, ¿por qué al escuchar tal palabra sentí algo?; y luego atrapar eso que pude sentir, la sensación más que la palabra que la produjo, y ver qué mensaje se oculta ahí. Al principio pueden surgir sensaciones muy elementales, tristeza, alegría, miedo, esperanza. Pero luego irán tomando formas más sutiles y personales. Estamos bien enseñados para desconfiar de nuestras sensaciones y por eso nos cuesta escuchar y hablar en el momento de la homilía.

Aun sabiendo que es arriesgado simplificar en exceso y que los ejemplos son sólo eso, habría que decir que mientras se escucha una homilía, la palabra que se está buscando nunca se encuentra en los conceptos, por ejemplo: “Dios es bueno porque crea el mundo”. Ni en las sensiblerías, “¡qué bueno es Dios!, ¡qué linda es la vida!”. Sino en las sensaciones: “Dios es bueno conmigo porque en este momento me da la vida”.

Que Dios haya creado todas las cosas es un dato, ciertamente importante, pero algo lejano e incluso filosóficamente discutido. Quienes tienen una fuerte y dolorosa experiencia del sufrimiento pueden no sentir que Dios es bueno al crear el mundo.

Si tengo una actitud sentimental y superficial, puedo quedarme con expresiones vacías y generales como las del segundo ejemplo. Suelen ser frases que exaltan la naturaleza o, en algunos casos las virtudes de los santos o de María, pero que son expresiones sin raíces en la experiencia de la vida cotidiana. Hoy es bastante común una piedad fabricada con frases de agendas y estampitas.

Ni los conceptos generales ni las frases hechas sirven como experiencia, porque no tienen ni fecha ni hora, no son algo que pasa, no son acontecimiento. La **experiencia** es un conocimiento inmediato de una realidad presente, su importancia radica en que supone asimilación y personalización de las verdades más generales. En la experiencia de la vida las “verdades en sí” pasan a ser “verdades para mí”.

Todos nosotros conocemos muchas cosas porque las hemos estudiado o leído; pero si nos fijamos bien la mayoría de lo que conocemos no sabemos cómo lo hemos aprendido; simplemente nos lo ha enseñado la experiencia de vivir. Y si observamos mejor descubrimos que además de ser mucho, es importante; que en realidad lo más valioso de nuestra vida lo hemos adquirido viviendo. El mejor ejemplo de esto es la vida de familia. Allí todos enseñamos y aprendemos constantemente, pero no lo hacemos como en un aula, nadie se pone a dar clase, nos transmitimos experiencias, contamos lo que nos pasa.

Sentir en un momento que uno existe porque Dios es bueno es una sensación, pero no superficial; se expresa en un concepto, pero no es sólo una idea. Es algo que está ocurriendo en ese instante y que puedo guardar en mi corazón; que puedo relacionar con otras experiencias; que puedo cuidar para que crezca y dé fruto.

¿Cuál es la diferencia entre unas palabras sensibleras y unas que despiertan sensaciones espirituales profundas? Fundamentalmente la diferencia está en que la sensiblería **es interesada**, en general busca el aplauso o la manipulación del auditorio. Es algo así como la “prensa amarilla” o las “revistas del corazón”.

De una manera más sutil también suelen ser interesados y manipuladores los discursos conceptuales, que inspiran temor y admiración, que dejan al que escucha con la peor de las sensaciones: “Esto no es para mí”.

Si se escucha desde la vida y con el corazón abierto, habrá homilías mejores y peores como hay días de sol y días de lluvia, pero siempre una palabra se filtrará hasta ese lugar del corazón que la está necesitando, aunque quizá no sea la palabra que se estaba buscando.

ALÉGRATE POR LO QUE HAS ALCANZADO

A modo de conclusión:

Cuando escuchamos la Palabra de Dios, “como el sediento que bebe de la fuente, mucho más es lo que dejamos que lo que tomamos. Porque la Palabra del Señor presenta muy diversos aspectos, según la diversa capacidad de los que la estudian. El Señor pintó con multiplicidad de colores su palabra, para que todo el que la estudie pueda ver en ella lo que más le plazca. Escondió en su palabra variedad de tesoros, para que cada uno de nosotros pudiera enriquecerse en cualquiera de los puntos a que abocara su reflexión.

La palabra de Dios es el árbol de vida que te ofrece el fruto bendito desde cualquiera de sus lados, como aquella roca que se abrió en el desierto y manó de todos lados una bebida espiritual. Comieron, dice el Apóstol, el mismo manjar espiritual y bebieron la misma bebida espiritual.

Aquel pues que llegue a alcanzar alguna parte del tesoro de esta palabra no crea que en ella se halla solamente lo que él ha hallado, sino que ha de pensar que, de las muchas cosas que hay en ella, esto es lo único que ha podido alcanzar. Ni por el hecho de que esta sola parte ha podido llegar a ser entendida por él, tenga esta palabra por pobre y estéril y la desprecie, sino que, considerando que no puede abarcarla toda, dé gracias por la riqueza que encierra. Alégrate por lo que has alcanzado, sin entristecerte por lo que te queda por alcanzar. El sediento se alegra cuando bebe y no se entristece porque no puede agotar la fuente. La fuente ha de vencer tu sed, pero tu sed no ha de vencer la fuente, cuando vuelvas a tener sed podrás de nuevo beber de

ella; en cambio si al saciarte la sed se secura también la fuente, tu victoria sería en perjuicio tuyo.

Da gracias por lo que has recibido y no te entristezcas por la abundancia sobrante. Lo que has recibido y conseguido es tu parte, lo que ha quedado es tu herencia. Lo que, por tu debilidad, no puedes recibir en un determinado momento lo podrás recibir en otra ocasión, si perseveras. Ni te esfuerces avaramente por tomar de un solo sorbo lo que no puede ser sorbido de una vez, ni desistas por pereza de lo que puedes ir tomando poco a poco”.
(San Efrén diácono, Liturgia de las Horas T III, pág. 193)